

Amar la ausencia

AZAHARA PALOMEQUE

Trasteando en los anaqueles de la salita, he rescatado una antología de Juan Ramón Jiménez. Me la regaló un amigo el verano pasado, cuando fui a Moguer a disfrutar unos días de asueto: sin envolver, la dejó sobre la cama pulcra de la habitación de invitados, como si se tratase de una sábana más, y yo pasé las vacaciones cuajada en sus letras, que me transmitían una paz de sueño profundo. Pronto me sorprendieron las referencias del legendario poeta, oriundo de este pueblo onubense, a la naturaleza como fuente de eternidad: mariposas, hojas verdes o arboledas enteras, granos de arena de la playa transitan las composiciones asociándose a una energía lírica con que Juan Ramón pretendía enfrentarse a la muerte e incluso superarla mediante una ambición orgánica, parece afirmar, tan inmutable como la propia Tierra. Ese motivo, recurrente en quienes persiguen la posteridad o simplemente buscan consuelo, se encuentra asimismo en la obra del coetáneo Juan Bernier, rescatada recientemente por sus sobrinos nietos, Rafael y Juan Antonio Bernier, en el documental homenaje *Miles in Bello* (2024). El viejo Bernier, combatiente en la Guerra Civil y luego miembro del grupo Cántico, se agarra a los paisajes recónditos que la lid le va imponiendo para recuperar, en mitad de la muerte, la belleza de ríos y montañas. Aquí, únicamente, en lo inmarcesible y puro del verdor silvestre y las aguas cristalinas, puede hallarse una trascendencia que venza los horrores humanos.

Leer a estos autores ahora atraviesa la sangre y la coagula en pequeñas cabezas de alfiler, porque no existe un relicto de la naturaleza que no haya sido malogrado y contaminado por la acción del mal llamado *desarrollo*, comprometiendo así un solaz que otros juzgaron estable. Aquel estío mogueño mío fue aplastado por sucesivas olas de calor que transformaron el frescor de la apacible brisa marina en un horno irrespirable. En las inmediaciones, un fortísimo olor a gas me remitía al funcionamiento de una refinería ubicada entre frondosos parajes protegidos; a pocos kilómetros, el parque de Doñana desecado hundía sus raíces en el manto de plás-

tico que entolda un mar de fresas y, en el bar, escuché a no pocos hombres enriquecidos gracias a la agricultura alardear de sus visitas al puticlub y el consumo de cocaína. Para esto queríamos la naturaleza, pensé conforme regresaba una y otra vez a los poemas: “Orillas puras del río eterno” que, probablemente, yacerían marchitas y carcomidas de basura. Si bien el fenómeno no es nuevo —para llegar al municipio hube de contemplar primero, desde la carretera, el cauce rojizo del río Tinto, mismo vino tóxico que desencadenó la primera manifestación ecologista de España, allá en 1888, duramente reprimida por las autoridades—, van quedando cada vez menos rincones que denominar “naturales”, y quienes nos sentimos punzados por la

No existe un lugar de la naturaleza que no haya sido contaminado por la acción del mal llamado ‘desarrollo’

solastalgia no podemos sino otear el océano movidos por extrañas preguntas: cuántas especies, abajo en lo inmenso, afrontan una extinción irreversible; qué récord de temperatura batirá hoy el oleaje; cuántos kilos de microplásticos andarán poblando la mojadura de mi baño salado.

Dice la poeta María Sánchez, en su colección *Fuego la sed* (La Bella Varsovia, 2024), que debemos aprender a amar los

lugares que ya no son “con otras formas y afectos”, y yo interrogo su mandato intentando dilucidar si del monte arrasado por un incendio se amaría el follaje o la ceniza. Nuestros enclaves, ya mutados por la crisis climática, se esfuman entre los dedos como fantasmas tenebrosos, los mismos fantasmas en que nos hemos convertido, asegura María, mientras corresponde solo a nuestros mayores abrazar la categoría de ancestros, tal vez debido a que ellos sí se esforzaron en transmitir un legado ecológico a las siguientes generaciones y, por el contrario, los contemporáneos serramos esa herencia para fabricar con las virutas muebles de Ikea. El cambio, por lo tanto, supera lo climático, pues perfora las conciencias hasta el punto de no lograr identificarnos con un pasado reciente que, si acaso nos interpela, es en virtud de la ausencia y no de la continuidad, vaivén histórico inaudito. Quizá el próximo giro cultural no consista en evocar un duelo anclado en la pérdida de insectos y flores, sino en venerar la destrucción fósil cual dios solitario, cuando la memoria de los últimos árboles haya desaparecido completamente. Los poetas, imagino, conjugarán la eternidad de los pesticidas con el fin de asegurarse un nombre, “nuestras vidas son las fumigaciones que van a dar en el cáncer”, y las relaciones, asexuales y distantes, se recrearán en versos que alabarán el coltán de las pantallas infalibles.

Ojalá no ocurra. Mientras terminaba esta tribuna ha comenzado a llover y, atraída por el campanileo de las gotas sobre el tejado, me he asomado a un momento a la azotea simplemente para comprobar cómo el cielo me rebatía. El petricor, ese aroma tan característico del paisaje empapado, señalan los expertos, nace de unas bacterias llamadas actinomicetales, y ahora mismo lo invade todo. Todavía quedan retazos de vida en algún sitio, aquí a mi vera; es posible frenar la máquina, parar la guerra, hilvanar poemas de futuro.

Azahara Palomeque es escritora y doctora en Estudios Culturales por la Universidad de Princeton. Su último libro es *Vivir peor que nuestros padres* (Anagrama).

FLAVITA BANANA



JOSÉ ANDRÉS ROJO

La apatía de los rusos

Desde que Putin invadió Ucrania hace más de dos años, poco se sabe de lo que piensan, ni tampoco de lo que sienten, los rusos. Dan ganas de mirar por el ojo de la cerradura para acercarse a sus afanes cotidianos: si cuidan las plantas en sus casas, cómo se aman, cuánto tiempo ven la televisión o el móvil, si salen mucho, si los jóvenes estudian o si tienen curiosidad, si sigue siendo verdad aquello de que le dan al vodka con firmeza, perseverancia, dedicación y oficio. Hace poco, casi el 90% de los rusos votó de nuevo por Putin. ¿Quiere decir esto que están contentos, que celebran lo que su Gobierno está haciendo en Ucrania, o que se dejan llevar por la propaganda? ¿Son acaso ignorantes o ingenuos o

fanáticos o se han creído el mensaje de que van a volver a recuperar el imperio para nada de un día para otro en la abundancia? “¿Qué es lo que une al conjunto de Rusias, qué es lo que salva al país de la descomposición?”, se pregunta el cardiólogo y escritor Maxim Ósipov en *Kilómetro 101* (Libros del Asteroide). Y se responde: “En los peores momentos uno piensa: solo la inercia”.

Ósipov ha reunido en este libro distintas historias, o bocetos si se prefiere, o recuerdos —su salida en 2022 de Moscú después de que Rusia invadiera Ucrania, por ejemplo—, que permiten asomarse a un rincón cualquiera de ese inmenso país. Estuvo trabajando en Tarusa, donde lo hizo hace años también su bisabuelo después de abandonar los campos de trabajo. No

podía vivir, como les ocurría a todos los prisioneros tras cumplir su condena, dentro de un radio de menos de 100 kilómetros de la capital y las grandes ciudades, así que se instaló en esa localidad —“fue creada por gente que viene de fuera”, explica Ósipov— que está a esa distancia aproximada de Moscú.

Hay un momento en que Ósipov se refiere a la gente de N. (trasunto de Tarusa) y habla de “las señoras (...), los veraneantes, los extranjeros, los tayikos (Jefe, ¿tiene algún trabajo para mí?), los pintores, los empresarios, la intelectualidad técnica local”... Vaya, los tayikos forman ya parte del paisaje, buscan curro, no deben tenerlo fácil. Como les ocurre a los moros, a los *sudacas* y a los subsaharianos en España. Al parecer los cuatro sospechosos de entrar con armas de asalto el viernes pasado en una sala de conciertos del centro comercial Crocus City, en la periferia de Moscú, son originarios de Tayikistán. Dispararon a cuantos encontraron en su camino, que estaban allí simplemente para pasar

un rato agradable, acudían al concierto de un grupo de rock progresivo, Picnic. Mataron a más de 140 personas e hirieron a más de 150.

El salvaje atentado lo reivindicó el Estado Islámico, así que habría que ir quitando del relato ese calificativo de tayikos porque solo sirve para confundir. Los asesinos son fanáticos fundamentalistas cargados de ideología y de furia, odio y resentimiento. ¿Y los rusos, qué piensan los rusos de tanta violencia gratuita y devastadora? Como médico, Ósipov explica cómo llegaban a N. muchos que habían sido operados de manera negligente en otros hospitales. “Ellos mismos ven que se han sometido a un riesgo inútil, que su estado no ha mejorado, pero tampoco creen que algo así pueda ser posible, como tampoco las personas en los años treinta y siguientes creían que podían encerrarlas o fusilarlas porque sí, por nada, ‘para cumplir con las cuotas’”. Así son las dictaduras y lo que dejan es indolencia, una falsa nostalgia por un pasado glorioso, abulia, apatía.